

El Club Dante



...

Sobre la fachada de un antiguo cine de estilo art decó de principios del siglo pasado, y con una decoración exterior que traía a la mente los decorados de las películas de la década de 1980, se asentaba el Club Dante. Era con toda seguridad uno de los locales más exclusivos de la ciudad, su glamur y valor diferencial, solamente empezaba con la apariencia externa, pero había muchísimo más.

–¿Sí? –Contestó sistemáticamente Susan a la video llamada entrante de su teléfono, al otro lado de la línea estaba Sara, una chica con la que a pesar de llevar menos de un año juntas, podía considerarse su mejor amiga. –Perfecto, a las 7 entonces. Ciao. –Replicó Susan al aparato.

Susan y Sara, eran unas chicas normales de la ciudad, que con ventipocos años, estaban todavía estudiando, y disfrutando de sus ratos libres. Uno de los porteros del Club Dante era primo de Sara. Como esa misma tarde empezaba turno, las dos chicas estaban decididas a acudir de nuevo al local. Un local, que si no fuera por el contacto del portero en entrada, jamás permitiría el paso a dos chicas como ellas, que por atractivas y jóvenes que fueran, no representaban de modo alguno la línea habitual del local.

Sara llegó en metro cinco minutos antes de la hora establecida, así que dirigió sus pasos lentamente de forma azarosa por la plaza, hasta que al final decidió pararse de pie cerca de un banco de madera, en espera de la cita con su amiga. La plaza estaba a pocas manzanas del Dante, así que incluso en una tarde de otoño relativamente fresca como aquella, el trayecto no resultaba desagradable en absoluto.

La chica morena con media melena y el pelo rizado, vestía un abrigo largo de color rojo, que ocultaba todo su cuerpo salvo la parte inferior de sus piernas cubiertas por unas medias también rojas. Los zapatos eran de charol, bonitos, y poco discretos, un atuendo adecuado para el sitio a donde iban, sino fuera por la época del año en la que estábamos.

Con apenas dos minutos de retraso, Susan iba caminando a paso acelerado hasta la plaza en dirección a Sara. El pelo castaño claro, liso, y hasta la altura de media espalda, le iba tapando la cara cada vez que alguna leve corriente de aire se cruzaba en su camino. Una torera vaquera, una sencilla minifalda negra, y botas de ante hasta las rodillas, hacía que la mayoría de hombres, y algunas mujeres también, no pudieran evitar echarle una mirada al ver pasar sus encantos. A pesar de algunos kilitos de más, estaba espléndida, y le gustaba vestir provocativamente.

Ambas se saludaron, y pusieron rumbo hacia el Club. A diferencia de la mayoría de discotecas que se habían ido trasladando progresivamente a los suburbios, el Dante ocupaba un emplazamiento clave, muy cercano del centro de la ciudad, el mismo que había ocupado durante los últimos diez años.

Mientras Sara y Susan hacían cola para saludar a Richard en la entrada, el exterior era totalmente silencioso, sin revelar nada de lo que se iban a encontrar una vez dentro, y por supuesto, manteniendo a los vecinos alejados de las quejas por contaminación acústica, que habría obligado forzosamente al Dante a trasladarse.

Ningún transeúnte que pasara por la zona sería capaz de imaginar ni más remotamente lo que iba a encontrarse dentro. El aislamiento acústico que proveían las dos puertas consecutivas, junto al dispositivo de Silencio Activo, reducían la cantidad de sonido que salía al exterior, al comparable a una tienda de ropa, o cualquier otro local comercial.

Esperando su turno había unas 3 personas, y 2 porteros que acompañaban a los clientes hasta el lector RFID que los identificaría, y cargaría la entrada en su cuenta. Un pequeño aparcamiento para coches a la derecha de la entrada, hacía de escaparate previo al status del local, un Ferrari descapotable, cinco o seis Lexus, dos Porsche, y algunos BMW, Mercedes y Audi hacían de attrezzo en el fondo.

–Pasad chicas –les dijo Richard con una mirada de complicidad, y un tono familiar que evitaría toda sospecha del otro portero. Y sin más, las dos chicas franquearon la primera puerta, y poco después la segunda.

En el interior, la temperatura era agradable, y la luminosidad como era habitual en estos sitios, casi ausente. Pese a todo, el ambiente era cálido, ya desde los primeros pasos en el Dante. Siguieron avanzando por el anchísimo pasillo que daba acceso a las 24 diferentes salas musicales.

Cada sala estaba custodiada por una puerta más, que capturaba el sonido interior, aunque si se estaba en silencio en el distribuidor por el tiempo necesario, se podía llegar a escuchar una combinación extraña de los sonidos que salían de ellas.

Una pantalla anclada a cada puerta, indicaba la cantidad de personas del interior, cuántas eran hombres y cuántas mujeres, la edad media de la audiencia, ... En resumidas cuentas, gran cantidad de información socio-demográfica obtenida del dispositivo de identificación de la entrada, que permitía que los usuarios, pudieran escoger la sala que más se ajustase a sus gustos, sin necesidad de tener que entrar, molestando por ende a los ocupantes. Naturalmente la información contenía también un listado de los temas pinchados con anterioridad, así como los dos siguientes que vendrían, dando más argumentos a la decisión de cada una de las salas. Así, la cosa era bien sencilla, mirabas la música que había, y el tipo de público, y si te gustaba, y siempre y cuando el sistema no considerase que estaba llena, si querías entrabas.

Había otras salas, no destinadas propiamente al baile, como algunas de cóctel con una barra, y otras tantas destinadas a conversar con cómodos sofás, donde igualmente una pantalla previa, daba la información que se necesitaba para poder escoger una en particular.

Tras algunas vueltas, Susan y Sara escogieron una de las salas que estaban más repletas, pues era donde se escuchaban los temas más duros, globales y punteros del momento.

El espacio diáfano de quizás 100 m² albergaba unas 50 personas bailando al ritmo de la música, y es que el Dante, era un sitio consagrado a la música. Como ya le he explicado, no había barra, ni taburetes, ni sofás, ni nada por el estilo. Pero es que tampoco había Disc Jockey, o al menos no había cabina que se viera dentro de la sala.

Sara y Susan, pensaban a este respecto que cámaras ocultas dentro de la sala, mandaban las imágenes a una sala de control central, donde uno o varios DJ se encargaban de escoger y mezclar canciones para múltiples salas al mismo tiempo. Sin duda, esa sería una gran posibilidad para optimizar costes, al mismo tiempo que se daba el mayor abanico de posibilidades, y recordaba en gran medida la evolución de las grandes salas de cine, a los multisalas, donde una misma persona era la encargada de controlar las reproducciones de todas ellas.

Lo que era evidente, y era lo que hacía del Dante un sitio diferente, era la capacidad de ese misterioso DJ para elegir las canciones adecuadas al público de la sala en cada momento. Y aunque en la calle, no era probable coincidir con algún otro asiduo al local con el que cotejarlo directamente, en efecto era un rumor que se transmitía boca a boca y acababa llegando. Las palabras literales que se oían eran: “El Dante es el lugar donde la mejor música suena mejor”.

Sin duda reducir el espacio de música a salas más pequeñas, permitía adaptarse a los gustos del público, y si como era el caso, además esas salas, contaban con los mejores equipos de sonido del momento, no era extraño que la experiencia fuera inolvidable cada vez que uno iba.

Después de algunas horas visitando cuatro o cinco salas distintas, las dos chicas decidieron ir a tomar una copa tranquila a una de las cóctel, y conversar un poco.

–Tengo curiosidad por conocer a alguno de los DJ de aquí. –Le dijo Sara a Susan.

–¿Por qué? Un disc jockey en un disc jockey en todos los lados. –Respondió la otra.

–Susan, ¿de verdad has visto algún DJ lo suficientemente bueno como para renunciar a sus gustos, y poner lo que la gente desea en cada momento? Es más, ¿cómo puede alguien saber con tanta precisión lo que te gusta? –Dijo Sara.

Susan se había contagiado de la curiosidad de Sara, y a decir verdad, era un fenómeno extraño. Así que las dos decidieron alargar su estancia hasta la hora de echar el cierre, y cuando abandonaban la puerta para salir, le rogaron a Richard sus deseos de conocer a los DJs del club.

Sorprendentemente Richard se mostró huraño con ellas, dándoles evasivas al respecto, pues según dijo, él tampoco los conocía. Ellas siguieron insistiendo, mientras el aforo completo del local iba vaciándose por la puerta.

De repente se dieron cuenta que un chico de unos 35 años, alto, y en buena forma aunque no musculoso, estaba mirándolas desde dentro. Como un rayo de intuición Susan se dirigió a él, y Sara la siguió al darse cuenta.

Tras hablar con él, les confirmó lo que no parecía posible. Lo más cercano que había en el Dante a DJs, eran los programadores informáticos e ingenieros de sistemas que gestionaban y actualizaban todo el equipo.

FIN

NOTAS

Después de mis cuentos durante las vacaciones del pasado año con Memorando Catherdam y Microesfera; y la siguientes incursiones con Runrider y Tercera generación, me apetecía seguir escribiendo. El fruto ha sido este cuento.

Siempre he pensado que técnicamente una máquina está mucho más capacitada para pinchar y mezclar música que una persona. Sólo falta, que sean capaces de reaccionar a los estados de ánimo del público. Si eso fuera posible, el único rival que tendrían en esa labor, serían máquinas más avanzadas.